



Mario Iván Rodríguez
Guajardo



Hitler y el ascenso del partido nazi 1918 - 1939

Portada por: Lucero Guadalupe López Leal

BLOCH



BLOCH

<https://revistabloch.uanl.mx/index.php/b>

Hitler y el ascenso del partido nazi 1918-1938

Mario Iván Rodríguez Guajardo

Universidad Autónoma de Nuevo León

Facultad de Filosofía y Letras

Editor:

Valeria Padilla Yeverino

Copyright:



© 2021, Rodríguez Guajardo Mario Iván. This is an open-access article distributed under the terms of Creative Commons Attribution License [CC BY 4.0], which permits unrestricted use, distribution, and reproduction in any medium, provided the original author and source are credited.

Recepción: 22 de junio del 2021

Aceptación: 28 de junio del 2021

Email:

ivan_Guajardo616@outlook.com

Hitler y el ascenso del partido nazi 1918-1939

Hitler And The Rise Of The Nazi Party 1918-1939

Mario Iván Rodríguez Guajardo
Afilación: Universidad Autónoma de Nuevo León

Resumen:

Al finalizar la Gran Guerra y haber retornado del campo de batalla, Hitler se lanzaría ahora hacia su propia guerra, una que no solamente consistiera vengar la derrota alemana, sino para agradecer a la divina gracia de la cual él estaba seguro había sido elegido, para llevar a cabo la campaña de purgar a Alemania de las razas inferiores y exterminar a sus enemigos, proceso que hará nacer el nazismo.

Palabras Clave:

nazismo, antisemitismo, Tercer Reich, nacionalsocialismo, Hitler, Lebensraum, fascismo

Abstract:

At the end of the Great War and having returned from the battlefield, Hitler would now launch his own war, one that consisted not only of avenging the German defeat, but to thank the divine grace of which he was sure had been chosen, to carry out the campaign to purge Germany of the inferior races and exterminate its enemies, a process that will give birth to Nazism.

Keywords:

Nazism, Anti-Semitism, Third Reich, National Socialism, Hitler, Lebensraum, Fascism

Hitler y el ascenso del partido nazi 1918-1938

Mario Iván Rodríguez Guajardo

Introducción

La elevación del partido nazi al poder absoluto de Alemania ocurrió, no solamente mediante hechos sociopolíticos, sino de igual modo, debido a la voz de su miembro más destacado. Hitler era obstinado, creía tener la razón todo el tiempo y que ésta era incuestionable. Durante los días finales del Tercer Reich, no aceptaba la derrota, y aclaraba que se llevaría a la tumba al pueblo alemán junto con él. Su solución a los problemas fue la violencia, algo que comenzó desde 1918, cuando la Gran Guerra terminó y un interés por la política, hicieron que el curso de la historia humana cambiara para siempre.

En el presente trabajo de investigación, se comentará acerca del ascenso de Hitler en la política alemana hasta obtener el poder total de la nación. Se hará énfasis en su partido, el cual fue su vehículo para la obtención de su gloria personal, al igual que todos los obstáculos que tuvo que atravesar para llegar a su

meta. Surgirán preguntas, tales como: ¿Por qué Hitler se interesó en la

política?, ¿qué fue lo que ocasionó el deseo de grandeza?, ¿de dónde surgieron los delirios nacionalistas?, ¿cómo se creó el Tercer Reich?, ¿quiénes fueron los encargados de transformar Alemania en la nueva potencia europea?, ¿cuáles fueron las consecuencias fatales de la política interna y externa de Hitler?, entre otras.

Las presentes cuestiones, nacen de la justificación de que se trata de uno de los temas que más fascinación causan al ojo curioso de la gente no adentrada en el saber histórico como disciplina, además de ser uno de los sucesos con mayor relevancia en la historia de la humanidad.

Tiempos inestables

Corría el 11 de noviembre de 1918, la Gran Guerra llegaba a su final con la firma del armisticio entre las distintas naciones beligerantes; a las 11 a.m., los disparos cesaron, y un júbilo regocijó a las multitudes a lo largo del mundo. Sin embargo, en la cama de un hospital, recuperándose de los

efectos del gas sufrido en la batalla, Adolfo Hitler no pudo soportar las noticias de que su amada nación acababa de rendirse hacia las potencias aliadas. Con la firma del tratado de Versalles, se sentarían las bases que desencadenarán el conflicto exterior en el mundo y el conflicto interior en la mente de Hitler.

Menciona Rzheshovski (1984), que el punto fundamental de Versalles estaba determinado por la aspiración que tenían los países vencedores de remodelar enteramente el mapa de Europa y obtener, a costa de la Alemania derrotada y de sus aliados, nuevos mercados y fuentes de ingreso, materias primas, dominios coloniales e influencia. Resalta en que “el objetivo fundamental del sistema de Versalles radicaba en la ambición de sustituir en Europa la hegemonía alemana [...] a favor de Inglaterra, Francia y Estados Unidos” (p. 30).

Al finalizar la Gran Guerra, muchos de los hombres que sobrevivieron a ella volvieron desesperanzados y desilusionados de la “guerra que terminaría con todas las guerras” y, entre ellos, se encontraba Hitler, quien, al destacarlo más adelante en Mi Lucha, reiteraba su pesar y amargor al regresar a casa. Su idea de la supremacía alemana se esfumaba y, además, consentía la idea de que la guerra fue perdida por

culpa de aquellos que carecían de determinación para continuar la guerra de desgaste. Es bien sabido que Hitler era paranoico, y esta “traición” la tomó de manera personal, por lo que prometió vengarse, y esa promesa no tardaría mucho en concebirla.

En aquellos tiempos, existían numerosas agrupaciones de personas descontentas con el gobierno de la República de Weimar, que regía a Alemania luego de que se impusiera el tratado de Versalles. Entre esas agrupaciones, se encontraba una denominada el DAP (Partido Obrero Alemán). Hitler fue invitado a una de las reuniones organizada en una cervecería; eventualmente y después de varios debates y discusión, tuvo motivo para estar en desacuerdo con lo que se comentaba, por lo que se impuso con voz autoritaria, sorprendiendo a todos los presentes. Comenzaba así, el poder del uso de la oratoria, fuerza y carisma que caracterizarán a Hitler durante toda su carrera política. En su diario, Goebbels (1967) escribiría:

16 junio 1926: [...] Es, además, una personalidad arrolladora. Siempre se aprende algo nuevo de este hombre resuelto. Como orador sabe combinar con gran armonía, gesto, mímica y lenguaje. Es un agitador de nacimiento.

Con sus dotes, un hombre puede conquistar el mundo.

Dejadle suelto y destrozará toda esa corrompida república. (pp. 15-16)

Hitler se uniría al partido formalmente poco tiempo después, en donde especifica Morales (2007) que, al mismo tiempo, se comenzó a preocupar por su apariencia y su voz ante el auditorio; estudiaba y se corregía a sí mismo, “se preocupó por estudiar la psicología de las masas. En sus discursos ensalzaba la necesidad de crear una Alemania majestuosa y la importancia de sacar de ella a todos los extranjeros”. (p. 67)

Los miembros del partido eran escasos, sin embargo, después de poco con ayuda de la prensa, fue ganando más y más miembros. Desde estos tiempos, Hitler ya hablaba del antisemitismo, tema que se asentará con fuerza en los años posteriores. Eventualmente, el nombre del partido pasaría a ser el NSDAP, el Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán.

El círculo interno de Hitler consistirían en Rudolf Hess, quien fungiría como su secretario; Hermann Goering, expiloto de la Gran Guerra, fue quien establecería los primeros campos de concentración y la creación de la Gestapo, contaba con un puesto en

las SA (camisas café); Joseph Goebbels, sería el reconocido promotor en jefe de la propaganda nazi y Heinrich Himmler, quien se convertirá en el superior de las SS.



Figura 1: Hanna Reitsch, prominente aviadora militante del partido nazi. De Bundesarchiv, 1941, CC-BY-SA 3.0 <https://creativecommons.org/licenses/by-sa/3.0/>

Hitler aún tenía que vérselas con los otros partidos políticos. Se presentaban constantes peleas entre los partidarios hasta que Hitler decidió que era momento de ponerle un alto, fue entonces que estableció una unidad de seguridad. Ernst Röhm fue el encabezado para controlar a las SA y, Hitler pensando a futuro, tuvo asegurado una fuerza para atacar a la oposición cuando llegara el momento adecuado. La ambición crecía, Hitler escalaba cada vez más dentro del partido hasta que después de una discusión interna entre los miembros principales del partido, se decidió: “Hitler, austriaco fracasado, pintor de brocha gorda, aprendiz de todo y maestro de nada que llegó a cabo en el ejército alemán, se puso al frente

del partido nacional socialista de los trabajadores: los nazis” (Colton, 1988, p. 86). La historia se comenzaba a escribir.

Conforme aumentaba la popularidad del partido, Hitler empezaba a celebrar las reuniones en espacios más amplios y grandes, pues el número creciente de personas se disparó considerablemente en tan solo unos cuantos años:

Cuando Hitler entró en el DAP, éste tenía dos o tres docenas de miembros. A principios de enero de 1920 ya se contaban ciento ochenta y nueve, y a fines de ese año más de dos mil; un año más tarde, cerca de cuatro mil cien; en septiembre de 1922, siete mil setecientos sesenta y ocho, y en el momento del Putsch se habían emitido cincuenta y cinco mil doscientas ochenta y siete tarjetas de afiliados. (Steinert, 2004, p. 221)

Para noviembre de 1923, Hitler estaba impaciente por tener el poder; pasó de ser un simple agitador de grupo a una figura prominente en el movimiento radical. Había visto las noticias de la marcha sobre Roma de Mussolini, por lo que intentó realizar un golpe de estado similar en Alemania, sin embargo, esto resultaría desastroso. En la noche del 8 de

noviembre, Hitler intentó convencer con violencia a líderes regionales y a una multitud de que se unieran a su causa, alardeando al mismo tiempo que tenía el apoyo de Ludendorff, general de la Gran Guerra. Con el pasar de las horas, la situación se salía de control, y la policía y el ejército se organizaron en la ciudad para acallar a los rebeldes.

Después de que el intento de revolución comenzaba a apagarse, Hitler y Ludendorff encabezaron una marcha, mientras que la policía los esperaba en el otro extremo de la calle junto al ejército. Menciona Weber (2018), que nadie sabe quién fue el que disparó primero, pero el resultado final fueron quince nazis y cuatro policías muertos. Aclara de igual manera, que “cuando el tiroteo cesó por fin, dos de los hombres de Hitler [...], lo recogieron herido del suelo y se lo llevaron rápidamente a la cola de la manifestación [...] y salieron de allí a toda velocidad” (p. 394). El intento de golpe de estado había sido un total fracaso y, al poco tiempo, Hitler fue capturado.

El golpe de estado desastroso fue humillante para Hitler, su carrera política pudo haberse desmoronado, pero el juicio al que fue sometido resultaría en un triunfo. Hitler estuvo seguro de que los jueces favorecían su causa y que, además, la

oportunidad se presentó para utilizar sus discursos característicos, mencionando que él no era un traidor, simplemente alguien que quería restaurar el honor de la nación y no ocultó el hecho de que estuvo implicado en su totalidad en el intento del golpe de estado. Hitler fue sentenciado a solo cinco años de prisión que serían reducidos; perdía el juicio, pero había ganado la admiración de los nacionalistas alemanes. A Hitler se le ofreció la oportunidad de escribir sus memorias. Al terminar, este consistía no solo su estancia en prisión, sino de cualquier tema que Hitler se considerara experto en su área, naciendo así, *Mi Lucha*.

Hitler proclamaba ya en 1924 el derecho de Alemania a la conquista y anexión de sus territorios ajenos. Menciona Pernau (1974), que “esperaba encarnar aquella espada victoriosa que consolidaría en el mundo la quimérica supremacía de la raza aria, a la que prometía mil años de paz” (p. 21). Hitler recordaba que habían prohibido su partido y además hablar en público, ya no se le consideraba una amenaza.



Figura 2: Adolf Hitler durante el apogeo del nazismo. Autor desconocido. Dominio público.

Keegan (1979) resalta que los acontecimientos de los días 8 y 9 de noviembre de 1923, forzaron a Hitler a reconocer que su creencia en la benevolencia del ejército resultaba infundada; “podía no gustarle la república, pero aún le gustaban menos sus enemigos, y los abatiría a tiros en cualquier momento y lugar en que tomaran las armas contra él, contra el brazo armado de la nación” (p. 26). El tiempo en prisión transcurrió y, al terminar la sentencia, Hitler comenzó a maquinar su siguiente jugada en el ajedrez político alemán.

Entre 1924 y 1928, el partido nazi fue perdiendo popularidad entre los distintos sectores de la población además de su poder político dentro del Reichstag. Una filosofía familiar, es la que Goebbels practicaba con frecuencia, en la que se resumía a que “si repites una mentira con suficiente frecuencia, la gente empezará a creerla”. Por lo tanto, del mismo modo, Hitler estaba convencido que para adoctrinar a las masas se debía de dar un mensaje claro y preciso una y otra vez, hacia los ciudadanos para convertirlos con el tiempo.

Hitler aparecerá en la radio e incluso hará giras por el país, creyendo así

que una presencia física haría notar su persona y su credibilidad. Al contrario de lo que la gente cree, los nazis no obtuvieron el poder mediante la fuerza, sino por poder de influencia, pues Hindenburg había nombrado canciller a Hitler en 1933, con el propósito de que terminaran las disputas políticas internas.

El gobierno nacional tenía como meta el deber de restaurar la unidad de voluntad y espíritu de la nación. Fue de igual modo un momento perfecto, pues según Jarman (1964), en 1928 y 1929, Hitler y el partido seguían siendo insignificantes, careciendo de mucho poder, sin embargo, “la crisis económica les dio un poderoso impulso: el crecimiento del partido nazi coincidió con los años de crisis económica” (p. 141).

Los partidarios comunistas seguían siendo mayoría, por lo que Hitler mantuvo el temor de que, en cualquier momento, una contrarrevolución podría suscitarse para quitarlo del camino, y dar paso a un gobierno comunista beneficiado por la URSS. Fuera una casualidad, un acto cometido por los mismos nazis o por algún extremista ajeno a estos, al Reichstag se le prendió fuego, y con ello Hitler tuvo el pretexto perfecto para pedirle a Hindenburg suspender al partido comunista. Se ejecutó al supuesto

responsable y se convocaron a nuevas elecciones, sin embargo, los nazis no obtuvieron aun el poder pleno, pero si habían aumentado su número en el Reichstag considerablemente. En 1934 a la muerte de Hindenburg, se creaba una ley que hacía unir la cancillería con la presidencia, por lo que ahora, Hitler se convertía en el gobernante absoluto de Alemania, para él, el objetivo era claro:

Su primer objetivo era la reorganización de la sociedad alemana, lo cual suponía la eliminación de las fuerzas a las que el nacionalismo imputaba la derrota militar de 1918, así como las que consideraba sucesivas capitulaciones de los gobiernos alemanes de la posguerra: los socialdemócratas, los comunistas, los judíos y en general cuantos pudieran ser considerados pacifistas. (Historia Universal, 1982, p. 1728)

Por algún tiempo, Hitler y Röhm habían estado en desacuerdo sobre el papel futuro de las SA. Röhm había pedido que se reconociera a las SA como el ejército revolucionario del pueblo; Hitler consideraba esto una amenaza, tanto para él como para el Estado. Obtuvo más influencias dentro de los miembros militares y decidió entonces que el momento

había llegado. La noche del 30 de junio de 1934, miembros de la guardia personal de Himmler, las SS, y policía especial de Goering, acorralaron y asesinaron a cientos de miembros de las SA; Röhm fue encarcelado, a lo que tiempo después, fue asesinado de igual manera.

No sin antes proseguir en ámbitos históricos, encontramos el significado de lo que se denominaba el “partido único”, el cual, según especifica Thomson (2003), en donde incluye además del partido nazi al italiano y al español, surgen entre grupos militares cuyo propósito era combatir la propagación de un enemigo más terrible que cualquier otro, casi siempre enfocado en el comunismo. Encontraban el apoyo en todos aquellos que temían un ataque a la propiedad privada y al capitalismo y, destacando, “centraron sus esfuerzos en alcanzar el poder por medios constitucionales” (p. 145). Hitler no utilizó la violencia para obtener el cargo de canciller, por lo que se veía, en ese momento, como alguien que los ciudadanos pudieran considerar un buen líder.

Tal como sucedió en aquella noche, en estos partidos se utilizará la policía secreta y el ejército para acallar cualquier oposición que se presentará al régimen fascista. Ya en el poder

total y en la segunda mitad de la década de los años treinta, los nazis utilizarán a su partido como medio de adoctrinamiento, ocupando toda cuestión del Estado, siendo más que un Estado absoluto, un Estado totalitario. A pesar de ello, menciona Thornton (1985) que no resultó un Estado totalitario absoluto como se cree, pues:

La Alemania nazi era, sin lugar a dudas, una dictadura. Es, sin embargo, discutible si constituía o no, además, un Estado totalitario. Ciertamente su estructura autoritaria y de partido único, contrasta con el concepto democrático liberal, según el cual la misión del estado es limitada y ciertas funciones están dejadas a la decisión individual. El estado nazi extendió su influencia tanto a la vida privada como a la pública y forzó una sumisión absoluta a sus exigencias, pero nunca alcanzó una centralización total del poder, ni la autoridad propia de un auténtico estado totalitario [...]. La ineficacia y la existencia de tantos imperios personales a alto nivel, impidieron a los nazis consolidar un completo totalitarismo de estado (p. 115)

El nacionalsocialismo era un fascismo más consecuente y más duro que el italiano, destaca Saitta (1989),

“profundamente antisemita y racista y espiritualmente -pagano- [...] rechazando por principio toda rivalidad con otras ideologías, declarándose soberana y absoluta en su dominio, está ligada a la dictadura y al terror” (pp. 284-285).

Pocos se quejaban, sin embargo, de Hitler y su estancia en el poder, pues en sus primeros años en la cancillería, había reducido el desempleo, garantizando trabajo a miles de ciudadanos en obras públicas, reduciendo año con año estas tasas de desempleo. Toda la ciudadanía tenía un papel que cumplir dentro del Reich de Hitler, y una de éstas en particular, debía simplemente desaparecer de la faz de la visión perfecta de Hitler.

Los judíos alemanes no van a desaparecer de la noche a la mañana. Aislarlos de la sociedad alemana, aplicar la “solución final” de una vez y para siempre al problema judío era el sueño de Hitler:

El antisemitismo le valió gran popularidad, pues en una Alemania dividida por las disensiones, el sentimiento antijudío era una de las pocas cosas en que todos podían coincidir. Los izquierdistas detestaban a los ricos comerciantes, y los derechistas temían las actividades de

los comunistas; en uno y otro caso, Hitler identificaba al enemigo como judío, y los privó de la ciudadanía. (Colton, 1988, p. 87)

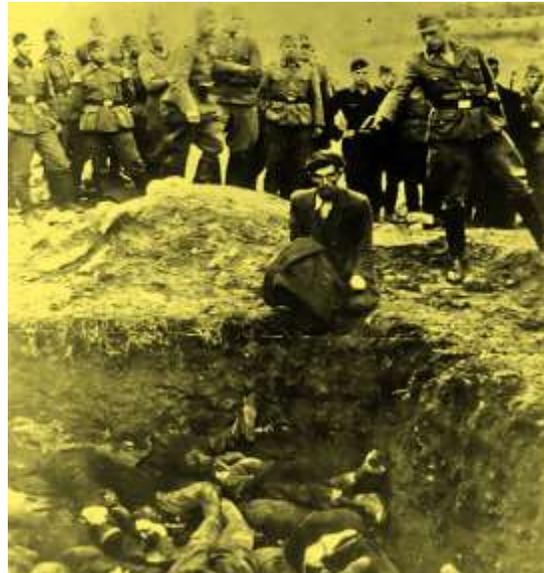


Figura 3: judíos asesinados por tropas nazis en 1941. Autor desconocido. Dominio público.

Se prohibirán todas las actividades culturales a los judíos en cuestiones públicas, se ordena la quema masiva de libros de autores judíos, se expulsan a los judíos de fuerzas armadas, a estudiantes universitarios, se priva de la ciudadanía, de asistir a lugares públicos. Se llegaría a un momento cumbre el 9 de noviembre de 1938, conocido como “la noche de los cristales rotos”, en donde cientos de sinagogas fueron quemadas, miles de negocios fueron destruidos, docenas de miles encarcelados y enviados a campos de concentración.

Ya desde 1920, Hitler estaba absolutamente convencido de esto, de que “Alemania estaba siendo estrangulada por un enemigo global, omnipresente y multiforme que, según Hitler, pretendía construir el prometido dominio mundial del judaísmo” (Reuth, 2012, p. 143). El camino estaba listo, y ahora la siguiente fase del plan maestro de Hitler podría comenzar, mismo que trajo como consecuencia, el cataclismo bélico absoluto de la historia humana hasta el momento.

Lebensraum

Una segunda gran guerra europea era inevitable, al menos así lo concebía Hitler ya desde la redacción de Mi Lucha. La piedra fundamental de su política exterior va a ser concisa y directa, en ella se encuentra, qué los principios de nacionalsocialismo de Hitler son:

1.- Alemania se declaraba enemiga de la doctrina marxista materializada en el bolchevismo soviético; contra el marxismo presentaba la doctrina nacionalsocialista, contraria a la internacionalización del proletariado.
2.- En vez de internacionalización, sentimiento de patria y de nacionalidad; Alemania desistía del viejo intento de crecer a costa de Occidente.
3.- No quería entrar en

conflicto con los imperios británico y francés buscando dominios ultramarinos. Su crecimiento sería hacia el Oriente, a costa de la URSS. (Borrego, 2002, pp. 58-59)

Primero, se debían de asegurar las fronteras de Alemania, y se debían de recuperar los territorios que le habían quitado por los términos del tratado de Versalles. Se tenía que conquistar Checoslovaquia y persuadir a Polonia de unirse al nuevo orden, se debía invadir al enemigo francés y coordinar una alianza con Italia e Inglaterra para así poder planear la invasión hacia Oriente. Según la visión de Hitler, actuar mediante democracia era impensable e inimaginable en lo que respecta a un alemán; menciona Ludwig (1953):

El mal más terrible que en Versalles se ha hecho a los alemanes ha sido la sociedad de las naciones; recién Hitler los liberó de esta pesadilla. La idea de sustituir la fuerza por el derecho internacional es algo que no entra en un cerebro auténticamente alemán, ni hay manera de inculcar a un alma genuinamente alemana el sentimiento en que reposa esta concepción. Los alemanes, en cambio, a quienes les fue inculcado a lo largo de los siglos, no el ideal de libertad, sino el ideal de la autoridad, sólo son capaces de

reconocer ésta en lo más íntimo de su ser si va acompañada de fuerza y poder suficientes para sofocar toda insubordinación. (p. 489)

El programa para el rearme estaba listo y, en 1935, Hitler anuncia, además, la Luftwaffe, la nueva fuerza aérea. Estas medidas eran una clara violación inconmensurable en el tratado, pero a pesar de ello, ninguno de los aliados hizo algo más que expresar desaprobación. Las alianzas se comenzaban a quebrar, en 1935, Mussolini invadió Etiopía; Francia condena la acción, pero no hizo nada al respecto, de igual modo Inglaterra. Las fuerzas de Hitler entrenaban en secreto, todo para obtener el éxito concebido en el Blitzkrieg, un ataque efectivo y de rápida ejecución. La siguiente fase del plan, consistía en el anexo de sus vecinos, cosa que los aliados de igual modo ignorarán.

Esta sensación de pacifismo de parte de las naciones aliadas, menciona Thomson (2003), era debido a que no convendría una nueva guerra mundial, además de que los organismos internacionales se ofrecieron como medio para calmar los ánimos, añadiendo al pacifismo, para promover la paz entre las naciones, no iban a resultar del todo eficaces, pues “cuando ocurrían las luchas ideológicas con Mussolini y

Hitler, las potencias occidentales de quienes dependía el éxito de la sociedad de naciones, estaban invadidas por un espíritu del pacifismo y de derrotismo” (p.120). Tenían una excusa de mantener la paz, pero postergarla iba a resultar fatal.

Hitler prosiguió con la recuperación de Renania, zona desmilitarizada que le permitía una posición estratégica y un nuevo desafío a su política. Fue en este momento que la relación entre Mussolini y Hitler se fortaleció y, en 1936, se firmaría el eje Roma-Berlín, alrededor del cual se podría trabajar en favor de la paz que ellos consideraban correcta.

A continuación, finalmente se presentó la oportunidad de que Hitler anexara su natal Austria a Alemania. Se tenía la amenaza de que el ejército alemán, invadiría Austria si esta no se anexaba con Alemania, concibiendo así el Anschluss. Fue hasta 1938 en que una posible invasión tendría lugar, y nuevamente, las potencias aliadas no ofrecieron apoyo. Finalmente, Austria sería anexada y, sin embargo, esto no era el final de las ambiciones de Hitler, y todos estos riesgos que corría era por voluntad propia:

Desde 1938 en adelante, Hitler se rodeó cada vez más de los de su propia especie: aventureros, hombres de la línea dura, apostantes al todo o nada, ideólogos. Además, al establecerse el absolutismo hitleriano, encarnado en una carrera imparable que lideraba el propio Hitler, cualquier apariencia perdurable de una política dirigida a alcanzar objetivos limitados y racionales fue sustituida, de manera inevitable y fueran los riesgos, por la grandiosa visión del Führer. (Kershaw, 2003, p. 152)

La consecuente anexión de Austria, iba a despertar sentimientos nacionalistas en la región de los Sudetes en la frontera de Checoslovaquia. De igual modo que en Austria, Hitler iba a planear una estrategia falsa para poder sacar un pretexto para una invasión. La presunta invasión tuvo lugar, pero el ejército checo le hizo frente al alemán, deteniéndolo en el proceso. Los aliados consideraron más en favor a Hitler, pues no había incitado a la violencia. Hitler preparó la invasión armada, pero antes de que esta sucediera, el primer ministro británico Chamberlain fue hasta Hitler, como un último intento para solucionar la crisis. El encuentro causó desesperación, además que Hitler

reiteró que la cuestión de los Sudetes era de raza y no de territorio, por lo que no había que discutir.

Hitler consideró entonces, y el resultado fue algo desconcertante, pues los aliados le propusieron a Hitler que, si los checos entregaban los Sudetes a Hitler, él iba a realizar un juramento de que iba a respetar la soberanía del estado checo. El juego volvía a resultar en favor de Hitler, y todo estaba a punto de cambiar de nuevo.

“Es la paz para toda nuestra vida”, proclamaba el 30 de septiembre de 1938 Chamberlain, primer ministro de la Gran Bretaña, ante los entusiasmados londinenses. Aquel día, en Berlín, en Roma, en Londres, en París unas multitudes delirantes aclamaban a los salvadores de la paz, que acababan de firmar, se decía, un acuerdo infrangible: en realidad, Europa estaba viviendo sus últimos momentos de tranquilidad. Once meses después, estallaba la guerra. (Gran crónica de la Segunda Guerra Mundial, 1983, p. 16)

A espaldas de Chamberlain, sin embargo, los checos estaban furiosos, pues todo había sido decidido sin consentimiento de ellos, no les dejaban opción. Todo terminó

pronto, pues Checoslovaquia no tuvo más voz en el trato de relaciones entre los aliados y Hitler, por lo que las divisiones alemanas entraron sin oposición a los Suedetes. Hitler no tuvo suficiente, y en negociación con el primer ministro checo, estableció un ultimátum, ser invadido o pasar a ser un protectorado de Alemania. Luego de difíciles situaciones, esto terminó realizándose, por lo que ahora Checoslovaquia pasaba a ser parte de la fuerza alemana.

Ya en el año de 1939, Polonia fue el siguiente blanco de Hitler, quien propuso que devolvieran el puerto de Danzig, a lo que los polacos se negaron. Hitler pensó en volver a realizar la misma jugada que le hizo obtener Checoslovaquia, sin embargo y para su sorpresa, Francia e Inglaterra estaban listos para ir a la guerra si esto sucedía. Hitler se convenció de que el momento había llegado, firmó con la URSS el pacto de no agresión, suceso que desconcertó a los aliados. Secretamente, se repartían Polonia y otros territorios y, finalmente, Hitler tuvo la guerra que tanto había querido. La decisión del ataque a Polonia la tomó única y exclusivamente, Hitler, menciona Dahms (1978), ya que ni el gobierno ni el Reichstag habían sido consultados anteriormente por él:

La repetición de la palabra —yo— en su discurso del 1º de septiembre de 1939, es demostrativa del carácter egocéntrico de aquella decisión irrevocable: —Yo he dicho..., yo he comprobado..., yo he decidido... Yo dirigiré esta guerra contra quien sea..., y, finalmente, señalando el gris de su propio uniforme, remarcó sus obligaciones personales: —Yo me he vuelto a poner esta guerrera que siempre ha sido la más amada y sagrada para mí. Y yo no me la volveré a quitar, hasta haber alcanzado la victoria, o..., ¡yo no sobreviviré al final! —(p.40)

Görlich (1971), hace mención a que, en la moderna literatura de recuerdos, ha surgido a menudo la idea de que la Segunda Guerra Mundial sólo representa realmente una continuación de la primera “y que una historiografía posterior llegará a agrupar el período de 1914-1945 como el de la segunda guerra de los treinta años” (p. 544). La ambición de Hitler había llegado a esto y, en tan solo 12 años, el supuesto Reich que duraría mil años, se derrumbó.

Conclusiones

El mundo en el que se vive en la actualidad, es consecuencia directa del desenlace de la segunda guerra

mundial, el cual tuvo escenario en casi todo el planeta, provocó pérdidas humanas y materiales incalculables, implicó civiles y militares de un modo hasta nunca antes visto, las sociedades y economías se alterarán, y el nacimiento de un nuevo mundo tecnológico dio a conocerse, la voluntad destructora de los países beligerantes, así lo menciona Fiorani (2002); reveló el carácter de la guerra moderna (p.11). Y todo esto comenzó con la voluntad de un hombre.

Hitler y su régimen nazi han ejercido una fascinación morbosa en generaciones debido a su ascenso y caída, cargado de mitos y leyendas por doquier. Un ex soldado, con poca educación, se elevó para gobernar una nación culta. Hasta la actualidad, se le ha retratado como el peor ser humano de la historia, el cual hipnotizó y aterrorizó a millones cuando tomó el poder mediante la intimidación y que luego traicionó la confianza de las masas.

No es de extrañar la fascinación que existe hacia Hitler; un sinnúmero de libros hacen alusión a él más que cualquier otro personaje de la historia humana, para bien o para mal. Junto a Hitler, su partido nazi de igual modo siempre hará surgir la imaginación, el repudio, la fascinación y la emoción de conocer a ese régimen que pasó a la historia por sus actos innombrables

de maldad realizados en la segunda guerra mundial.

La deshonestidad fue el arma principal de Hitler, probar las debilidades de sus enemigos políticos y de las naciones europeas. Mientras el ejército crecía, Hitler estaba listo para jugar el futuro de Alemania en el juego del todo o nada; no habría un 1918 nunca más, Alemania regresaría a la gloria, o sucumbiría en el intento.

Referencias:

- Borrego, S. (2002). Derrota Mundial. Tipografías Editoriales.
- Colton, J. (1988). El Siglo Veinte. Ediciones culturales e internacionales.
- Dahms, H. (1978). La segunda Guerra Mundial. Bruguera Mexicana Ediciones.
- Fiorani, F. (2002). Historia Ilustrada de la segunda guerra mundial. Susaeta ediciones.
- Goebbels, J. (1967). Diario. Ediciones G.P.
- Görlich E. (1971). Historia del Mundo. Ediciones Martínez Roca S.A.
- Jarman, T. (1964). Ascensión y caída de la Alemania Nazi. Editorial Azteca.
- Keegan, J. (1979) Waffen SS: los soldados del asfalto. Librería editorial San Martín

Kershaw, I. (2003). Adolf Hitler. Ediciones Folio.

Ludwig, E. (1953). Historia de Alemania. Editorial Diana

Morales, P. (2007). Los grandes: Hitler. Grupo editorial Tomo.

Pernau, J. (1974). Historia mundial desde 1939. Salvat editores

Reuth, R. (2012). Hitler: Una biografía política. La esfera de los libros.

Rzheshevski, O. (1985). La segunda Guerra Mundial; Mito y Realidad. Editorial Ciencias Sociales

Saitta, A. (1989). Guía crítica de la historia contemporánea. Fondo de cultura económica

Steinert, M. (2004). Hitler y el universo hitleriano. Ediciones B. S.A

Thomson, David. (2003). Historia Mundial de 1914 a 1968. Fondo de Cultura Económica.

Thornton, M. (1985). El nazismo (1918-1945). Ediciones Orbis.

Weber, T. (2018). De Adolf a Hitler: La construcción de un nazi. Penguin Random House.

Gran Crónica de la segunda guerra mundial (I) De Munich a Dieppe. (1983). Reader's Digest

Historia Universal (1982). Uthea-Noguer.



Mario Iván Rodríguez Guajardo

Estudiante actual de 7mo semestre de la Lic. Historia y Estudios de Humanidades por parte de la FFyL de la UANL. Participado en el evento “1ras. Jornadas de Historia” en 2021 con el proyecto de difusión histórica “La muerte negra: réquiem en la Europa del siglo XIV” por el Centro de Investigaciones Históricas, el Cuerpo Académico “Estudios Históricos Interdisciplinarios” y la Cátedra de Historia del Noreste Prof. Israel Cavazos Garza. Interés en la Historia militar, con un énfasis en la filosofía de la guerra y su repercusión en la vida humana. Entusiasta en la Segunda Guerra Mundial.